

## ¿Podemos con el psicoanálisis subvertir la política?

Carmen Gallano

Esta pregunta resultaba impensable hace apenas cuarenta años. El psicoanálisis freudiano era denostado tanto por las derechas franquistas como por los movimientos políticos de izquierdas. La dictadura censuraba la libertad de palabra, sin la que el psicoanálisis no puede existir y juzgaba escandalosos los descubrimientos de Freud sobre la sexualidad. No corrió mejor suerte en el ámbito de la izquierda, no solo debido al exilio de los primeros psicoanalistas españoles con la guerra civil sino por considerarlo burgués e individualista, y a Freud como defensor de la familia patriarcal, baluarte del imperialismo fálico masculino.

Escasa consideración merecían las dos grandes obras en las que este autor analizaba la configuración de lo colectivo en la sociedad de su época: *El malestar en la cultura* y *Psicología de las masas y análisis del yo*. Sin embargo estos textos, que filósofos y psicoanalistas hoy han retomado, ya localizaban el malestar individual y el malestar social en la condición libidinal de los sujetos determinados por su inconsciente. A lo estructural del malestar en el sexo (por la insaciable exigencia de las pulsiones), Freud añadió –y ocasionó mucha resistencia, incluso entre los psicoanalistas, en aceptarlo– la acción destructiva de la pulsión de muerte, que en las guerras demostraba el fracaso del Eros civilizador en el seno de la sociedad misma. Su diagnóstico sobre la política era pesimista, al descubrir cómo se apoyaba en el poder de las identificaciones que subyugan la libido de las masas en su sumisión, sea por coerción sea por seducción, a un líder totalizador. Pesimismo lógico, ante el ascenso del nazismo del que siendo judío escapó por los pelos.

Con Freud, lo que el psicoanálisis apuntaba para la política, era, –como dice nuestro amigo Jorge Alemán– sus «malas noticias». A mi generación le hizo falta descubrir a Lacan para encontrar en el psicoanálisis algunas «buenas noticias» que resolvieran los *impasses* freudianos sobre el malestar neurótico individual y alguna vía para volver a la política y así ocuparnos del malestar social.

En primer lugar, Lacan, con su teoría del sujeto como efecto del lenguaje en el viviente, rescataba al sujeto del inconsciente de la psicología del yo que había degradado al psicoanálisis en su adaptación al *American Way of Life*. La subversión del sujeto y la dialéctica del deseo (como deseo del Otro) incidían en que

no hay sujeto sin Otro, y por ende, sin las marcas de su historia que lo inscriben en el lazo social.

Además, en segundo lugar, ya en los años 60, Lacan señalaba la supresión del sujeto operada por la Ciencia Moderna y los efectos de segregación producidos por la desintegración de las estructuras familiares y sociales.

Pero, en tercer lugar, fue desde los años 70 y no por azar tras el Mayo francés, que diagnosticando «la sumersión capitalista universal», expuso cómo la tecnociencia y la perversión del discurso del poder en su giro al discurso capitalista reduplican el malestar individual y social en la subjetividad contemporánea, aún más desde la segunda mitad del siglo xx.

Resumiendo mucho su aportación al respecto, diré que puso de relieve la doble condición de los sujetos. Por un lado, la que en sus síntomas particulares y sus malestares propios la revela determinada por lo singular de su inconsciente en su fallida economía libidinal. Por otro, la que en su adaptación y/o disidencia del discurso social la muestra causada por cómo se prende en él, al tiempo que entra en colisión con el lugar en el mundo que le imponen los intereses de la economía capitalista y de los poderes políticos que mantienen esa economía con su ideología.

Así, Lacan, leyendo a Freud con Marx pudo articular los aportes freudianos, es decir, la insaciabilidad pulsional y las paradojas del superyó (que tanto prohíbe como exige el goce al sujeto), con la plusvalía marxista como causa de esas paradojas procedentes de los mandatos imposibles venidos de la economía capitalista.

También señaló que la plusvalía genera, en la mercantilización del trabajo y del saber, la espoliación del goce en la producción extensiva e insaciable de la *falta-en-gozar* con la proliferación de los objetos del mercado. Con el psicoanálisis lacaniano encontramos herramientas de análisis para entender la astucia del Discurso Capitalista, que reside en insertar la economía libidinal de los sujetos en la reducción del deseo al ansia de objetos ofrecidos en el mercado como *plus-de-gozar* efímeros, obsolescentes, fuente tanto de avidez como de insatisfacción. Dicho de manera simplista en términos marxistas, Lacan observó que la subjetividad inducida por el Discurso Capitalista fabrica una identidad para los sujetos rebajada a un valor de cambio en el mercado de los yoes (más en el mercado laboral), a la vez que una colonización de la causa del deseo por el valor de uso, de goce, de los objetos de consumo, que son producidos para no poder llenarla.

En ese sentido, se me ocurre resumir el estatuto que impone el Discurso Capitalista al sujeto en la doble condición de adeptos y adictos. Adeptos a los significantes imperativos por constituirse en lucha competitiva como «empresarios de sí mismos», emprendedores con el objetivo de hacerse valer en rentable producción de beneficios y capital de un ego ganador, competente, sin miramientos hacia el prójimo, que será visto como rival y en su alteridad, como extraño al que temer. Los concursos de la TV celebran esas carreras a la fama.<sup>1</sup> En contrapartida, en el cortocircuito que conecta a los sujetos directamente con los objetos de goce, resultan tiranizados por su posesión, como adictos insaciables. La psiquiatría se

ocupa sólo de las adicciones al alcohol, las drogas y las dependencias patológicas que hacen gastar sin freno o desgastan la salud. Pero, paradójicamente, se considera norma que la gente pase su tiempo libre en los centros comerciales, donde las multitudes viven en el mercado de ocio y el consumo o donde cada uno desfila solo; de la misma manera que, conectados al móvil, a la tablet o al portátil, pasamos más tiempo ante las pantallas que con otras personas. Lacan situó justamente el síntoma social –insisto, ya tangible en los años 70–, en la pérdida del sostén subjetivo y del lugar social del lazo discursivo, consecuencia de cómo el Discurso Capitalista quiebra los vínculos sociales.

Los psicoanalistas lacanianos tendemos –y en ello convergemos con sociólogos y pensadores de la subjetividad contemporánea– a señalar los efectos destructivos de este discurso, en lo personal y en lo colectivo, que no pueden disociarse de la vida humana: la precariedad de las identidades, el anonimato y la soledad por la carencia de relaciones afectivas estables, el cinismo narcisista imperante por la ruptura de la relación con la verdad, la disociación con el saber que diera una significación al sujeto en el mundo, la exclusión de los asuntos del amor y del sexo de los intereses sociales...

No pocos son los impactos subjetivos de esa deshumanización de la vida orientada a la producción competitiva y al consumo en un mundo donde todo, hasta la cultura y los afectos, se reducen a mercancía.

Pero, desde la devastación de nuestra dignidad subjetiva y social, con la llamada «crisis», mayores resultan aún los impactos subjetivos de este nuevo genocidio social. Es a lo que asistimos en nuestras consultas, en la clínica, a los males crecientes gravados a la gente, que se añaden a los particulares de las patologías de cada cual: las vergüenzas impuestas, la culpabilización del fracaso personal del parado y el desahuciado, la angustia, los pánicos por la incertidumbre en la falta de futuro, las depresiones por la caída del deseo y la deflación narcisista, y tantas enfermedades corporales que no son tanto síntomas neuróticos como, en parte, fenómenos psicósomáticos ocasionados porque el goce sufriente no está subjetivado, es decir, no está atravesado por la inscripción inconsciente.

Lo más dramático de este actual genocidio social es que, al despojarnos de nuestros derechos ciudadanos se nos rebaja al estatuto de meros objetos negociables. Por eso, al ver arrasada nuestra dignidad subjetiva nos indignamos.

Es así como paradójicamente, en la clínica psicoanalítica, desde lo que cada sujeto reconoce, no con lo que no soporta sino con lo que reconoce, subjetivamente como imposible de soportar, pueden quizás comenzar las «buenas noticias» que el psicoanálisis puede llevar a la política. Pues esta clínica demuestra que los sujetos no se acomodan tan fácilmente al *low cost*, al bajo precio de su identidad social y de lo que pueden adquirir para subsistir. Por mucho que se nos sugiera con que no estamos oprimidos debido a causas externas sino a nuestra propia incompetencia, el *stress*, la queja y la indignación han conducido a muchos ciudadanos, desde la turbación, a no quedarse en turba perturbada, sino

a movilizarse en lo común de la insurrección emancipatoria. Lo que nos transforma no son las condiciones objetivas que nos indignan, sino que al indignarnos algo podemos hacer juntos, esto es, la movilización en común. Enfatizo: eso es lo que nos transforma y no las condiciones objetivas.

Lacan, que tanto aprendió de Marx, criticó su propuesta de que el proletariado, con su insurrección (la de su Verdad de espoliados de la plusvalía), podría lograr una recuperación de la plusvalía expropiada y su reparto en justicia distributiva igualitaria.

No se suele subrayar que Lacan no se limitó a decir que se puede salir del Discurso Capitalista uno por uno, lo cual no es un progreso sino para algunos, aquellos que renuncien a la justicia distributiva del goce. Pues afirmó que el verdadero asunto para la salida del Discurso Capitalista (y éste concierne a la economía, a la política y a lo social), consiste en combatir la mercantilización de la fuerza de trabajo de los humanos; para Lacan, solamente cuando se termine con la reducción de esta fuerza, que es la fuerza deseante de los sujetos, en mercancía, sólo en ese momento habrá salida del Discurso Capitalista, lo que implica resistirse a la aniquilación de la fuerza deseante subjetiva, negándose a ser objetos negociables, negándonos a ser objetos del goce del Otro en la vida personal y mercancías en lo social.

Ahora bien, ¿cómo lograrlo y plantear una nueva concepción de la política en lo común? A mi entender, lo que el psicoanálisis puede aportar (quizás) es un saber y una experiencia de cómo hacernos valer en la subjetividad que nos otorga lo inscrito en nuestro inconsciente, en lo que resiste y lo que puede inventar para desmontar y desmarcarnos de la subjetividad neoliberal. El inconsciente, dijo Lacan, no es sino lo que inventa el humus humano para su perennidad de una generación a otra. Por ello, no podemos excluir la historia entre las generaciones. Por ende, no pueden pensarse y experimentarse –como algunos promueven– las micropolíticas del deseo y su fuerza generadora de lazos inéditos de intercambio y cooperación; hace falta tomar conciencia de que eso sólo nos saca a flote como islas en un mar tempestuoso, pero sin brújulas, en una navegación colectiva.

Explicar cómo la subjetividad que promueve el psicoanálisis lacaniano puede articular lo *micro* de cada deseo con lo *macro* de la acción política deseante sería extenso. Resumiré cómo, desde el inicio de su enseñanza, Lacan recuerda con Freud lo que ya señalara Walter Benjamin: que no hay subjetivación de la experiencia vivida sino en la temporalidad retroactiva de la conexión de los significantes que producen efectos de significación en lo Real del sujeto, lo que hace pasar la verdad íntima al saber comunicable, que vuelve desde el lugar del Otro y permite compartirlo después en la narración. Lacan situó la subjetivación que orienta al deseo de un sujeto en la acción, la praxis ética, que puede abrir un surco en lo Real, en una temporalidad lógica: instante de ver, tiempo de comprender, momento de concluir. Lo hizo con su apólogo de los tres prisioneros que para salir de la cárcel han de pasar por la recíproca comprensión de la posición de cada uno respecto de la de los otros, para concluir su salida, cada uno sólo, pero en común, al mismo

paso. Básteme citar otro ejemplo más sencillo, también de Lacan, el del capitán de navío que anota en su cuaderno de bitácora lo que percibe en cada momento, para colocarlo en su contexto y así luego orientar el trayecto de su navegación, sea en mares tempestuosos o aparentemente calmos. Es la vía lacaniana de la subjetividad para apostar por una lógica colectiva que no se base en las identificaciones que nos igualan por adhesión a las proclamas de líderes, por agruparnos en Ideales; una lógica colectiva que parta de la desigualdad entre seres deseantes, para encontrar lo común en lo que nos falta y, desde nuestras pérdidas, buscar juntos, no un poder, sino con un saber de nuestra vulnerabilidad y nuestros límites, la singularidad que no puede prosperar sin pasar por los otros.

Hemos experimentado, con la sorpresa del acontecimiento del 15M, que desde la indignación es posible subjetivar esa experiencia de lo común entre todos los diferentes que ocupamos el espacio público; luego, con las mareas, que es posible salir del empobrecimiento de la subjetividad en la que nos sumergen los señuelos del sistema neoliberal y ganar algunas luchas.

La vertiente que quiero subrayar, para abrir el debate, es la de cómo el neoliberalismo y lo ofrecido por Internet –«la nueva casa digital» de los pobres, según el acertado término de José Luís Pardo– puede acrecentar la pérdida de la subjetividad y cortocircuitar el tiempo de comprender en un instante de ver, efímero, fragmentario. La colonización por las imágenes de las fallas en lo subjetivo (s) obtura este tiempo de comprender que sólo puede darse la palabra, al compartir lo que nos ocurre con otros sujetos, no virtuales sino reales, en presencia. Pues no sólo somos como humanos sujetos de verbo sino de cuerpo quebrado en su goce, en nuestras pulsiones, que sólo se satisfacen pasando por los otros (también corporales) como lazos libidinales afectivos.

Desde el 15M, se ha subvertido el uso de las redes sociales de Internet, como instrumento de subjetivación, en lógicas colectivas, respetando las fronteras de lo íntimo, clave de la dignidad del ser que escapa a la mirada totalizante del Otro, para no vivir sin la vergüenza de ser arrojados a la mar internáutica como objetos de goce del Otro; hay que vivir con vergüenza y no sin vergüenza, en lo íntimo, en lo social. Queda manifiesto que Internet es un Jano de dos caras y ahora, en los movimientos sociales, lo usamos para generar intercambios que escapen del poder asubjetivador de su uso comercial. Pero no basta, pues nos bombardea con todo tipo de propagandas publicitarias y con efectos de distracción para hacernos adictos a las aficiones más diversas.

La apuesta del psicoanálisis es la de regenerar la subjetividad cortocircuitada, que hace que los sujetos, a menudo, ya no logren ni poner en palabras ni decir a otros lo que les afecta, los que encontramos cada vez más en quienes acuden a nuestras consultas. Es lo que Ada Colau se encontró al empezar a reunir a los desahuciados: nos dijo que no sabían ni decir lo que les pasaba. Al inicio no eran los luchadores que ella había esperado.

Es una advertencia a los Círculos territoriales de Podemos, pues algunos se ocupan más de organizar a militantes convencidos que de favorecer que la gente de un barrio ponga en común sus problemas y sus reivindicaciones: primer paso, a mi modo de ver, para generar un auténtico empoderamiento de la gente. Porque no hay que olvidar –y eso es lo que subraya el psicoanálisis, quizás nuestra aportación– que es desde el Otro que la subjetivación puede llegar al sujeto, que no podemos esperar que los sujetos, ellos solos, subjetiven lo que pasa y encuentren una manera de actuar; tiene que venir algo desde el Otro y para eso es preciso el deseo de algunos que susciten esa subjetivación en los demás.

Respecto a cómo se cortocircuita la subjetivación de la gente vemos que, no por azar, están de moda las series de *zombies* entre los jóvenes, más aún que las de los vampiros que Bram Stoker propuso como mito literario del capitalismo y dando así forma a la pulsión oral. Recordemos que el origen de los *zombies* se localiza en aquellos esclavos haitianos, muertos vivientes, que en el vudú eran cuerpos sin alma o almas sin cuerpo, errantes, a la deriva. La disociación entre la subjetividad y el saber de la experiencia vivida que induce el capitalismo, hace a la gente descerebrada, como *zombies* que para revivir se nutren de vidas ajenas. Por eso seremos gente, sí, y gente empoderada sólo si resistimos a esa disociación, entre la subjetividad y la experiencia. Si usamos nuestros cerebros de seres hablantes y pensantes para, en vez de precipitarnos a saciarnos con objetos, experimentar lo que nos falta y lo ponemos en juego en los deseos que requieren el paso por la palabra y por comprender al otro. La causa de nuestro deseo no será común, pero lo común puede ser que como hablantes queremos que no se extinga nuestra subjetividad y luchemos para lo que nos hace existir en común.

Retomando lo que decía Nico Sánchez sobre Stepanovich, el personaje de Chejov en *Una historia banal*: «Si decimos lo que queremos, quizás diremos lo que somos», en Podemos.

## NOTAS

1. Tómesese como ejemplo la publicidad televisiva de *Cola Cao*, que ya no presenta al «negrito del África tropical» que cultivando cantaba el lema del producto, sino la del competitivo deportista ganador que afirma: «no pienso en mis límites, pienso en disfrutar». Igualmente, el programa «Master Chef» (importado de Estados Unidos), que ya presentaba de por sí la loca carrera competitiva, pero sin excluir la solidaridad y la amistad, ahora llega en la versión de «Cocineros despiadados», cuyo anuncio proclama que «quieren ganar a cualquier precio», es decir, perjudicarse unos a otros de manera feroz.

.....  
**CARMEN GALLANO PETIT** es psiquiatra. Este artículo corresponde a la ponencia presentada en «Pensar la nueva política: subversión y discurso ante el malestar del sujeto» del círculo *Podemos Psicoanalistas Valencia* y el *Foro Lacaniano de Valencia*, el 6 de septiembre de 2014.  
 Transcripción de Jordi Alamán Tabero.